8

EL IMPACTO DE LA PANDEMIA DEL COVID-19 EN EL ORDEN LIBERAL INTERNACIONAL Y EL FUTURO DE EUROPA: UN PLANTEAMIENTO DESDE MADRID

Charles Powell[1]

La irrupción de la pandemia del COVID-19 ha desatado un debate global en torno a su posible impacto sobre el futuro del llamado orden liberal internacional (OLI) en un mundo que, con carácter previo a la pandemia, se encuentra cada vez más dominado por el "regreso de la historia" y la rivalidad entre grandes potencias. Este artículo introduce un análisis breve de algunas de las premisas que encauzan el debate para luego indagar acerca del posible impacto de la pandemia sobre la UE y sus Estados miembros. A modo de conclusión, propone 10 recomendaciones que los representantes políticos (y miembros de la comunidad *think tank*) de la UE deberían tener en cuenta mientras sortean los crecientes obstáculos a los que se tendrán que enfrentar durante los próximos años.

Antes de adentrarnos en un análisis sobre los efectos de la pandemia, conviene destacar que, mucho antes de la coyuntura actual, ya había un número considerable de voces desalentadoras acerca del estado del OLI. Joseph Nye, por ejemplo, había comentado previamente que encontraba cada vez más semejanzas entre el OLI y la

[1] El Dr. Charles Powell es director del Real Instituto Elcano, el *think tank* líder en España en el campo de las relaciones internacionales, y profesor de Historia Contemporánea en la Universidad CEU San Pablo de Madrid. Antes de afincarse en España en 1997, fue profesor de Historia en *Corpus Christi College* (Oxford), *J.A. Pye Fellow* en *University College* (Oxford) y *Junior Research Fellow* en *St. Anthony's College* (Oxford). El Dr. Powell ha publicado seis libros y docenas de artículos acerca de la historia, política nacional y política exterior de España, especialmente en lo referido a su dimensión europea. Se graduó (BA) en Historia y Lenguas Modernas por la Universidad de Oxford, donde también completó un doctorado (D. Phil) con una tesis sobre la transición democrática española bajo la dirección de Sir Raymond Carr. Recibió el título de Caballero de la Orden de San Miguel y San Jorge (CMG) en 2017, en reconocimiento de su servicio a las relaciones hispano-británicas.

observación que hizo Voltaire a finales del siglo XVIII acerca del Sacro Imperio Romano Germánico, quien dijo que, en el transcurso de casi mil años, el Imperio había dejado de ser sacro, romano o incluso un imperio propiamente dicho. Siguiendo esta analogía, resulta difícil rechazar la idea de que, a comienzos del siglo XXI, el OLI ya aparecía más iliberal, fragmentado y desordenado. Por lo tanto, no debemos olvidar que el OLI enfrentaba serios problemas con carácter previo a la pandemia del COVID-19 que afectó a la mayor parte del mundo a principios del año 2020.

Quizás más importante es el hecho de que ya habían aparecido quienes cuestionaban la validez del concepto del orden liberal internacional en sí mismo. Graham Allison, historiador de la Universidad de Harvard y autor de la teoría de la "trampa de Tucídides", lleva tiempo argumentando que el OLI es un mito, una anomalía histórica y una consecuencia imprevista de la Guerra Fría. Por su parte, Michael Anton ha señalado que la interpretación que EEUU hace del OLI siempre se ha limitado a la de un medio para alcanzar un fin, esto es, garantizar la prosperidad, prestigio y seguridad estadounidenses. En consecuencia, si el OLI ha dejado de servir a estos intereses, ¿por qué debería EEUU seguir manteniendo su compromiso hacia él? Partiendo de una perspectiva ligeramente distinta, el historiador Andrew Bacevich discrepa respecto a las intenciones que a menudo se le atribuyen a EEUU cuando se dispuso a crear un entramado de instituciones y prácticas que, tras el desenlace de la II Guerra Mundial, pretendían supuestamente proteger la libertad, prosperidad y seguridad del resto del mundo. En el transcurso de la Guerra Fría, Bacevich nos recuerda que Washington solía entrometerse en los asuntos domésticos de otros Estados, interfiriendo en las elecciones y respaldando golpes de Estado contra gobiernos democráticamente elegidos que no eran de su agrado, para concluir, con cierto sarcasmo, que "equiparar la política norteamericana con el 'internacionalismo liberal' es como describir el negocio de Hollywood como "excelencia artística".

Finalmente, hay quienes apuntan hacia la inadecuación del concepto del OLI porque este pone el foco sobre las interacciones entre Estados que pertenecen a él, en lugar de prestar atención a las

interacciones que se producen entre Estados pertenecientes al OLI y aquellos Estados ajenos al orden. En palabras de Charles L. Glasser, el OLI siempre ha sido un "orden parcial": durante la Guerra Fría, dejó fuera a la Unión Soviética y, a día de hoy, ni China ni Rusia están completamente incluidos. Esta línea de pensamiento le lleva a afirmar que un buen número de los efectos positivos que tienden a ser atribuidos al OLI, como la provisión de algunos bienes públicos globales (entre los que destacan la libertad de navegación y el libre comercio), van mejor ligados, en realidad, a otras características del sistema internacional.

En cualquier caso, y mucho antes de que el COVID-19 irrumpiera en nuestras vidas, se venía formando un consenso acerca de la erosión (y hasta el declive irreversible) del orden liberal internacional, extendiendo una percepción que solo se ha visto acelerada por la pandemia. Hay tres causas principales que se emplean generalmente para explicar esta realidad. La primera tiene que ver con la idea del "declive de Occidente y el ascenso del resto" (*decline of the West and the rise of the Rest*), un argumento que en la Conferencia de Seguridad de Múnich se definió recientemente como un estado de *Westlessness*. Un ejemplo muy ilustrativo deriva del hecho de que, en 1945, EEUU representaba el 50% de la economía mundial, mientras que esa cifra ha descendido a un 24% y China comprende el 16% en la actualidad. O incluso de manera más clara todavía, cuando el Reino Unido cedió la soberanía de Hong Kong en 1997 la región representaba el 20% de la economía china. Hoy por hoy, solo constituye un 2%.

La premisa que emerge del análisis previo es que el OLI únicamente puede sobrevivir si EEUU reproduce su posición como el hegemón liberal, pues se asume que el orden internacional actual es una manifestación de dicha hegemonía. Por consiguiente, un cambio en el equilibrio de poder global (que se transfiera de Occidente al "resto") tendrá el resultado inevitable de propiciar un nuevo orden mundial. Sin embargo, como apunta John Ikenberry, esta lógica es eminentemente simplista ya que la versión actual del OLI es extremadamente compleja, amplia y densa. Y, además, el OLI que surgió con el cambio de siglo y el final del llamado "momento unipolar" no siempre ha ido de la mano de las preferencias de Washington.

Según esta interpretación, la "des-americanización" del OLI no se traduce necesariamente en su colapso inminente, como tampoco debe entenderse exclusivamente el futuro del orden a través del prisma de la creciente rivalidad entre EEUU y China.

El segundo motivo comúnmente empleado para explicar el declive del OLI se centra en factores internos, particularmente en el impacto de la "hiperglobalización" en un amplio número de las sociedades occidentales. De entre las muchas consecuencias, la pandemia ha servido para recordarnos el grado en que el crecimiento del comercio y la interdependencia que siguió al desenlace de la Guerra Fría no ha mejorado significativamente los ingresos y las oportunidades de muchos de nuestros ciudadanos. Esta tendencia se acentuó con la Gran Recesión de 2008 y ha venido socavando profundamente la confianza pública en la economía de mercado y las instituciones y normas que la regulan. Un buen número de las democracias occidentales tradicionales, especialmente en Europa, se encuentran lidiando con un legado de 25 años de salarios medios anquilosados, poblaciones envejecidas, una desigualdad en aumento y la pérdida de trabajos (principalmente, como consecuencia de la introducción de nuevas tecnologías, pese a que a menudo se asigna la responsabilidad a las importaciones y la inmigración), junto con la polarización y parálisis política de la que suelen venir acompañados. Por si fuera poco, el fracaso a la hora de solventar estos problemas estructurales ha mermado su legitimidad doméstica, la cual se ha visto desafiada por el resurgimiento de movimientos nacionalistas, nativistas, populistas, xenófobos e incluso secesionistas. En resumen, muchos de nuestros ciudadanos han dejado de considerar al OLI como la piedra angular de su seguridad y protección económicas.

Aunque resulta tentador achacar estas percepciones entre la ciudadanía al papel de los líderes disruptivos y populistas, las élites europeas consolidadas son igualmente responsables y deben asumir su parte de culpa en el proceso de debilitamiento de los pilares domésticos del OLI, fundamentalmente por no ser capaces de conciliar el crecimiento económico con la cohesión social. Así, se ha socavado, e incluso puede que roto, la conexión esencial entre una democracia liberal fuerte en el ámbito doméstico y el internacionalismo liberal en

el exterior. Por ello, parece posible que la amenaza más importante para el futuro del OLI tiene que ver más con el estado de nuestras democracias occidentales avanzadas que con el comportamiento cada vez más asertivo por parte de China o el irredentismo de Rusia.

Por último, se suele razonar que el OLI pasa por serios apuros porque, lamentablemente, continúa estando incompleto. En cierto modo, el OLI aún representa una aspiración más que una realidad. No es una descripción del comportamiento real de los Estados, o del funcionamiento empírico de la gobernanza global. Más importante si cabe es el hecho de que actualmente no todas las naciones se sienten de igual manera parte de, o limitados por, un orden liberal. Esto guarda cierta relación con la consideración que siempre han tenido muchos acerca del OLI como una expresión de los intereses geopolíticos de EEUU o una agenda ideológica concreta (es decir, el "neoliberalismo"), en lugar de una estructura que provee de bienes públicos globales. En el oeste de Europa, hemos tendido a sentirnos generalmente cómodos con la noción de un hegemón benigno encarnado por EEUU, pero en otras muchas regiones del mundo a menudo ha prevalecido una imagen de la hegemonía estadounidense bastante menos optimista. En efecto, el OLI ha sido interpretado en algunas partes del mundo menos desarrollado (especialmente en América Latina, África y Asia) como una amenaza y no como un motor de seguridad y protección. Por mucho que sea difícil de comprender para algunos, el OLI nunca llegó a reunir la aceptación universal que los triunfalistas occidentales de la post-Guerra Fría habían presagiado.

Sin embargo, las críticas dirigidas contra el OLI, aunque son comprensibles, no deben de llevarse al extremo. Al fin y al cabo, resulta innegable el hecho de que, bajo su paraguas, tres cuartos de la economía mundial se han visto alineados con un conjunto de normas predecibles, creando de ese modo un poderoso centro gravitatorio en el seno de la política mundial. Sin rechazar los aspectos positivos que el OLI ha traído a EEUU durante varias décadas, es igualmente excesivo pensar que el OLI se ha limitado a actuar de cobertura para los intereses de EEUU y sus principales aliados en Europa y por el resto del mundo.

Con la vista puesta en el futuro, algunos expertos consideran que la pandemia ha acelerado el surgimiento de un mundo multipolar plenamente desarrollado. Para autores como John Mearsheimer, esta tendencia es eminentemente negativa, pues advierten que el OLI no puede existir en un contexto multipolar. Al mismo tiempo, otros académicos creen que estamos siendo testigos del nacimiento de un sistema fundamentalmente bipolar dominado por China y EEUU, cuya existencia no será incompatible con la presencia de otras potencias menores (como fue el caso durante la Guerra Fría) pero que gravitará inevitablemente hacia uno de los dos polos. Mearsheimer, en su caso, argumenta que nos encontramos en un proceso de transformación hacia dos órdenes "acotados", siendo cada uno de ellos controlado por China y Rusia, respectivamente; definidos a partir de unas preocupaciones básicas en materia de seguridad; y que convivirán en tensión bajo un mismo sistema, el "orden realista internacional", que estará circunscrito al manejo de cuestiones económicas.

Para terminar, hay quienes razonan que, a la luz de la creciente rivalidad ideológica (además de económica y geopolítica) entre EEUU y China, las democracias liberales se verán obligadas a elegir, en un sentido amplio, entre dos opciones. La primera sería converger en torno a una visión "densa pero estrecha" del orden liberal, la cual adquirirá la forma de un conjunto denso de acuerdos y compromisos compartidos con otras democracias afines. Esta lógica es la que ha llevado a las conversaciones acerca de crear un D-10, es decir, una alianza de las 10 democracias más grandes a escala global y centrada en EEUU y Europa al tiempo que incluye a India, Japón y Corea del Sur, cuya presencia daría la apariencia de proyecto global. Esta aproximación encierra potencial, pues seis de cada diez Estados en el mundo son democracias en la actualidad. Asimismo, algunos intelectuales han llegado a defender que, en un buen número de situaciones, la cooperación entre menos de 10 democracias sería suficiente para conseguir cambios globales significativos. Si esto fuera así, tendría sentido centrar esfuerzos en formar "coaliciones de los pertinentes" (*coalitions of the relevant*), siendo probablemente la alternativa más viable para el "minilateralismo".

Otros, naturalmente, se muestran recelosos hacia este enfoque porque inevitablemente excluiría a algunos de los Estados autoritarios (o iliberales) más poderosos (o potencialmente desestabilizadores), como China y Rusia, sin los cuales será imposible atajar los grandes desafíos globales, ya sea la lucha contra el cambio climático, la proliferación nuclear o, como atestigua la pandemia, las crisis de salud a escala global. Este planteamiento daría lugar a la creación de una versión "delgada pero amplia" de internacionalismo liberal basado en un número reducido de instituciones más inclusivas y adaptativas, cuyas obligaciones y compromisos serían menores. En este sentido, se puede argumentar que la Agenda 2030 para el Desarrollo Sostenible de Naciones Unidas y el Acuerdo de París para combatir el cambio climático son expresiones tempranas de esta lógica.

Finalmente, hay que matizar que las dos aproximaciones al orden liberal no son excluyentes entre sí. Por lo tanto, las democracias europeas podrían decantarse por la primera (y por la UE en particular) mientras son partícipes de la segunda de cara a abordar algunas cuestiones globales donde un ámbito geográfico (y temático) más limitado puede no ser suficiente.

el impacto de la pandemia del covid-19 en europa

En los momentos inmediatamente posteriores al estallido de la pandemia, cuando un Estado europeo tras otro se unía al confinamiento, algunos analistas se apresuraron a identificar el contexto como un punto de inflexión determinante para la supervivencia de la UE, como lo hicieron otros a raíz de la Gran Recesión de 2008 y la crisis de los refugiados de 2015. Estas voces encontraron una buena justificación en que la respuesta inicial de la UE fue notoriamente insignificante: no se llegó a invocar la "cláusula de solidaridad" de la UE (codificada en el Artículo 222 del Tratado de Funcionamiento de la Unión Europea), diseñada para suministrar asistencia a los Estados miembros en caso de "una catástrofe natural o de origen humano". Además, y si bien es cierto que las competencias en materia de salud recaen en los Estados miembros, se omitió

deliberadamente el hecho de que la UE cuenta con una agencia a su disposición –el Centro Europeo para la Prevención y el Control de Enfermedades (*European Centre for Disease Prevention and Control*, ECDC)– que fracasó estrepitosamente a la hora de activar la alerta temprana o cierta preparación para lo que estaba por venir.

Pese a un comienzo nada prometedor, la UE y sus Estados miembros fueron capaces de articular una respuesta coordinada a la crisis económica causada por la pandemia en verano de 2020. Se adoptó el plan sin precedentes *Next Generation EU*, un instrumento financiero valorado en 750.000 millones de euros e integrado en el marco financiero plurianual (2021-2027). A pesar de no ser el "momento hamiltoniano" que algunos habrían deseado (y que otros habrían temido), el plan representó claramente una respuesta ambiciosa y decidida para manejar un desastre imprevisto que amenazaba con truncar el curso de Europa durante décadas. Para países como España, donde las predicciones del PIB estiman una contracción del 11% en 2020 como consecuencia de la pandemia, este mecanismo es una oportunidad única para transformar la necesidad en virtud, al tiempo que se espera que la financiación adquirida actúe como catalizador para un proceso de modernización pendiente desde hace mucho tiempo hacia una economía más verde, digital e inclusiva.

La pandemia también ha empujado a muchos europeos a reevaluar sus fortalezas y debilidades y a revisar su posición en el sistema internacional. Las razones para ello son múltiples, pero el comportamiento de las grandes potencias ha sido, indudablemente, una de ellas. Según una encuesta en varios Estados miembros llevada a cabo por el *European Council on Foreign Relations*, la respuesta que dio la Administración Trump para combatir la pandemia dañó seriamente la reputación y el estatus de EEUU: el 68% de los franceses y el 65% de los alemanes que respondieron al cuestionario dijeron que su opinión sobre EEUU había empeorado, y solo un 1% afirmó que EEUU había sido el aliado más importante para su país en el transcurso de la crisis. No obstante, y de manera un tanto interesante, la reputación de China también se vio perjudicada, aunque en menor grado: el 62% de los franceses y el 48% de los alemanes en la encuesta manifestaron que su percepción respecto a China era peor, y solo un

4% en Francia y un 2% en Alemania situaron al país asiático como su aliado más valioso.

Un abanico de estudios (entre ellos, por ejemplo, los realizados por el *Pew Research Centre*) parece sugerir que, al menos parcialmente como consecuencia directa de la pandemia, las élites y la opinión pública europea están llegando a la conclusión de que EEUU se ha convertido en un aliado menos confiable de lo que una vez fue. Concretamente, los esfuerzos de EEUU por socavar la autoridad de la OMS en un momento crítico y escalar en la confrontación con China en el punto más acuciante de la crisis fueron percibidos como acciones altamente irresponsables. De forma similar y en contrapartida, muchos europeos no pasaron por alto las maniobras de Pekín para utilizar su "diplomacia de la mascarilla" para sacar partido a las vulnerabilidades y el sufrimiento generalizado en Europa, en un intento flagrante por aumentar su influencia y prestigio. Si a esto sumamos la actitud gradualmente más agresiva hacia Taiwán y las tácticas claramente represivas empleadas en Hong Kong, la consecuencia puede ser que muchos europeos concluyan que China está mostrando finalmente su verdadero rostro.

Entonces, y a causa de la pandemia, ha habido un mayor número de europeos predispuestos a asumir que hace falta una mayor cooperación futura entre los Estados miembros si se quiere proteger a la ciudadanía frente a fenómenos como la crisis sanitaria global, cuyo origen se sitúa más allá de las fronteras y que son imposibles de atajar eficazmente a nivel nacional. A diferencia de lo que han argumentado algunos, no obstante, esto no quiere necesariamente decir que los apoyos hacia una visión federal de la integración europea están al alza, dado que una mejor cooperación intergubernamental (como, por ejemplo, del estilo que posibilitó la creación del sistema Schengen) podría igualmente contribuir a superar este tipo de desafío en el futuro.

Quizá más importante es el hecho de que, cada uno a su manera, el comportamiento tanto de EEUU como de China durante la pandemia ha impulsado las reivindicaciones que llaman a una mayor "autonomía estratégica" europea, a lo que habría que añadir el reconocimiento de que, independientemente de lo merecedoras que sean

de nuestro apoyo, las instituciones multilaterales internacionales son igualmente insuficientes. En su concepción original, la "autonomía estratégica" estaba reservada al ámbito de la política de seguridad y defensa, e impulsada por el afán de reflejar la aspiración de la UE de poder ejecutar algunas responsabilidades sin la necesidad de contar con el respaldo (o visto bueno) de Washington para llevarlas a cabo. Sin embargo, la pandemia ha hecho que los europeos sean mucho más conscientes de las múltiples vulnerabilidades que enfrentan, con la consiguiente necesidad de ser mucho más autosuficientes. Así, la demanda de una mayor "autonomía" se ha extendido a áreas como la producción industrial y agrícola, así como a las políticas científica, tecnológica y digital. A modo de resumen, puede que el "por si acaso" llegue a sustituir al "justo a tiempo" como el paradigma que guíe una buena parte de la actividad económica de ahora en adelante. Si se traza una combinación apropiada con el plan Nueva Generación UE, la búsqueda de una mayor "autonomía" podría dar una nueva razón de ser a la integración europea, con un sentido de propósito y dirección renovados.

CONCLUSIONES PRELIMINARES Y DIEZ RECOMENDACIONES

La pandemia ha acelerado (y agravado) algunas tendencias internacionales que ya eran palpables en el pasado. En contraste con las expectativas de algunos observadores, la pandemia no ha motivado un relanzamiento del sistema multilateral ni un resurgir de los ideales cosmopolitas. Si acaso, el efecto habría sido en el sentido opuesto. La principal prioridad de la UE en el futuro cercano será inevitablemente la recuperación de las economías de sus Estados miembros, lo que necesitará de varios años hasta alcanzar niveles equiparables al contexto pre-COVID-19. Esto implica que, como mínimo en el corto plazo, la UE será un actor menos proactivo en el escenario global. No obstante, la pandemia ha servido de recordatorio acerca de la necesidad de impulsar una mayor cooperación, acompañada de normas e instituciones internacionales, para superar los desafíos transnacionales, y no a la inversa. Consecuentemente, y a la luz

de sus principios fundadores y razón de ser, la UE seguirá fiel a su compromiso de promover la agenda multilateral. En paralelo, la UE y sus Estados miembros tendrán que lidiar con mayores presiones que les empujen a aprender a cómo responder ante la creciente rivalidad EEUU/China, que dominará la política global durante los próximos decenios. Los resultados de las elecciones presidenciales estadounidenses de noviembre de 2020 serán importantes, pero no alterarán fundamentalmente el hecho de que la competición con China -cuya naturaleza se ha tornado de carácter sistémico- continuará siendo la protagonista en la política estadounidense. Por lo tanto, e independientemente del resultado de los comicios, la UE querrá destinar importantes recursos al desarrollo de su "autonomía estratégica" a lo largo de distintos ámbitos de actuación.

Atendiendo a los grandes retos a los que se enfrenta la UE en el futuro próximo, conviene formular las siguientes recomendaciones (dirigidas tanto a los representantes políticos como a los miembros de la comunidad *think tank*):

Nuestro objetivo prioritario ha de ser *la renovación de los principios y realidades del internacionalismo liberal*. Puede que el antiguo OLI esté pasando por graves apuros, pero esto no implica que debemos abandonar el internacionalismo liberal por completo. Sí que implica, no obstante, que debemos reconocer las limitaciones del OLI tal y como existe actualmente. En otras palabras, el OLI debe ser defendido y reformado. Para ello, tenemos que distinguir entre los elementos del OLI que necesitan ser modificados y aquellos que son fundamentales e innegociables; a su vez, esta labor requerirá de una mayor claridad conceptual de la que disponemos en el debate presente.

Es necesario *entablar un debate serio en torno al impacto de la globalización sobre las sociedades europeas*. En caso contrario, seremos incapaces de responder eficazmente a los desafíos interpuestos por el populismo de izquierdas y de derechas, quienes tendrían vía libre para socavar las instituciones y principios de la democracia liberal representativa. A través de este diálogo, podríamos llegar a la conclusión de que, por ejemplo, las normas de la Organización Mundial del Comercio (OMC) se han excedido a la hora de evitar que los gobiernos nacionales puedan proteger a sus sociedades frente

a algunos de los efectos perniciosos de la globalización. En cualquier caso, no olvidemos que la globalización y el internacionalismo liberal no son sinónimos.

Debemos reconocer que la reforma empieza en casa: los europeos debemos hacer más por reorganizar nuestros ámbitos domésticos mediante la mejora de nuestras democracias liberales, la modernización de nuestras economías y el fortalecimiento de la cohesión y resiliencia de nuestras sociedades. Estos objetivos tienen valor por sí mismos, además de ser indispensables si queremos reforzar la continuidad del OLI. Por encima de todo, tenemos que demostrar el hecho de que la democracia liberal representativa puede atender mejor las demandas ciudadanas que cualquier otra forma de gobierno conocida por la humanidad.

La UE no puede sobrevivir por mucho tiempo en un orden que se muestra hostil hacia el multilateralismo. Al mismo tiempo, el multilateralismo, incluyendo sus ingredientes liberales, solo puede sobrevivir si pasa por un proceso de transformación. *Nuestra mejor aportación a este objetivo sería garantizar el éxito del proyecto de integración europea, pues, a pesar de sus defectos y contradicciones, continúa representando la mejor respuesta colectiva de la que disponemos para manejar los desafíos impuestos por la globalización*. Como muchos predijeron desde el principio, el *Brexit* ha hecho más las veces de vacuna que de virus y los temores de contagio han sido infundados. Pese a una respuesta indecisa en los inicios de la pandemia del COVID-19, para el verano de 2020, el apoyo interno a la UE se situaba en el nivel más alto desde hacía 10 años.

La cooperación transatlántica, y la estrecha relación con EEUU en un sentido más amplio, seguirá siendo de vital importancia para Europa. Las diferentes opiniones que existen acerca de la Administración Trump no pueden venir con la adopción de una postura "equidistante" por parte de los europeos en relación con la creciente rivalidad entre Washington y Pekín. En el futuro próximo, nuestros valores e intereses fundamentales encontrarán muchas y mayores similitudes con EEUU que con China. La caracterización que Washington hace de los europeos como *free-riders* -que precede a la llegada de Trump a la Casa Blanca- no es completamente errónea, pero bien pudiera transmitirse de manera más constructiva. Si los Estados europeos van

en serio, en relación a la meta de una mayor "autonomía estratégica", tendrán que dedicar mayores esfuerzos para garantizar su propia defensa y seguridad, lo que implicará el fortalecimiento del pilar europeo de la OTAN. La supervivencia a largo plazo de la Alianza dependerá en gran medida de ello.

Los europeos debemos ser más fieles a nuestras normas y valores. No es de extrañar que Rusia y China nos acusen de aplicar un doble rasero y de violar (o ignorar) las normas que nosotros mismos esperamos que respeten cuando se ajusta a nuestros intereses. Más concretamente, debemos aceptar que las intervenciones militares sin el respaldo de un mandato del Consejo de Seguridad de la ONU, por mucho que parezcan moralmente justificables, imponen demasiada presión sobre el OLI, lo que las convierte en contraproducentes en última instancia.

Necesitamos tener presente que existen, a día de hoy, un buen número de democracias no occidentales de éxito: aquí habría incluir no solo a Corea del Sur, Japón, Australia o Nueva Zelanda, sino también a una gran mayoría en América Latina, una buena parte de África y algunos Estados grandes en Asia. En resumen, Occidente no posee el monopolio sobre la democracia ni sobre el internacionalismo liberal. Por lo tanto, es imperativo que mejoremos nuestra habilidad de interactuar con las democracias en desarrollo.

Ha llegado la hora de reconfigurar el equilibrio de derechos y responsabilidades existente en las instituciones multilaterales de tal manera que refleje la distribución de poder en un mundo cada vez más multipolar. Las instituciones multilaterales internacionales (empezando por el Consejo de Seguridad de la ONU) necesitan ser reformadas para reflejar esta nueva realidad. Sin embargo, esto no debe malinterpretarse como un reajuste que sirva para reacomodar las instituciones a favor de China o cualquier otra potencia. De hecho, será necesario, con toda probabilidad, reformar la OMC para abordar los retos emergentes a partir de la asertividad de China.

Los europeos tenemos que ser precavidos hacia nuestra propia inclinación de equiparar nuestros intereses con los intereses de la humanidad en su conjunto. El eurocentrismo puede socavar nuestra posición global, ¡y un poco de humildad puede conseguir un montón de buena voluntad!

Por último, hemos de reconocer, como hizo John Fitzgerald Kennedy en 1963, la necesidad de construir un orden mundial "respetuoso hacia la diversidad", que pueda acomodar tanto potencias liberales como iliberales. *Les guste o no, los Estados liberales han de estar preparados para un periodo largo de convivencia incómoda, y a menudo difícil, con otros Estados iliberales, con los que cooperarán en ciertas situaciones y competirán en otras*.

Únicamente nos queda esperar que, si el internacionalismo liberal es capaz de adaptarse a los complejos desafíos externos y demandas domésticas que la pandemia del COVID-19 ha evidenciado con mayor fuerza que nunca, pueda seguir jugando un papel positivo en dar forma al futuro de nuestro mundo.